



XXI.

LA SESIÓN.

AQUELLA mañana, por excepción, no se había celebrado el gran almuerzo de costumbre en el número 32 de la plaza Vendôme. Con esta ocasión, allá á cosa de la una, hubiérais visto desplegarse en toda su prosopopeya en el soportal el blanco barrigón de M. Barreau, rodeado de tres ó cuatro pinches de cocina luciendo sendos birretes, y de otros tantos

palafreneros de gorrita escocesa, grupo imponente que daba á la suntuosa mansión el aspecto de una fonda cuyo personal tomase el fresco entre un tren y otro tren. Completaban este parecido el fiacre parado frente á la puerta, y el cochero que estaba descargando una maleta de cuero de forma antigua, á tiempo que una anciana de elevada estatura, enhiesta como un huso, encapuzada de amarillo y con un chal verde, y un cesto en el brazo, saltaba ligeramente á la acera, miraba el número con suma atención, y se acercaba luégo al grupo de criados para informarse de si era allí donde vivía M. Bernardo Jansoulet.

—Vive aquí, le contestaron... pero no está en casa.

—No le hace, dijo la anciana con la mayor naturalidad del mundo. Volvióse al cochero, hizo colocar su maleta en el soportal, y pagó, apresurándose á meter otra vez su portamonedas en el bolsillo en un ademán que denunciaba claramente sus recelos de aldea.

Eran tantos los tipos exóticos y extraños que se habían apeado en aquella casa desde que Jansoulet era diputado por Córcega, que apenas si llamó la atención de los criados la llegada de aquella mujer que con su tez curtida, sus ojos negros y ardientes, y su severa cofia, parecía una verdadera Corsa, alguna vieja adivina venida directamente de su caverna, aunque diferenciándose de las insulares recién llegadas por la soltura y desembarazo de sus maneras.

—¿De modo que el amo no está en casa?... dijo la anciana en una entonación que antes parecía dirigirse á los mozos de una granja, de un *mas* de su tierra, que á la insolente lacayería de un palacio parisiense.

—No, el amo no está en casa.

—¿Y los niños?

—Toman lección... No podéis verles.

—¿Y la señora?

—Duerme todavía... No abre su cuarto hasta las tres.

Á la buena mujer pareció como que le extrañase que se pudiese estar en cama hasta tan tarde; pero, llevada de ese instinto certero que á falta de educación sirve de norma á las personas naturalmente distinguidas, abstúvose de toda suerte de indicaciones delante de los criados, y pidió entonces por Pablo de Géry.

—Está de viaje...

—¿Y Bompain Juan Bautista?

—Ha ido á la sesión con el amo.

La anciana frunció sus pobladas cejas grises:

—No importa... Subid arriba mi maleta.

Y en ademán imperioso, fijando los ojos con cierta malicia en la turba de criados como en desquite de las miradas insolentes que le venían dirigiendo, añadió:

—Soy la mamá.

Pinches y palafreneros se apartaron respetuosamente. M. Barreau saludó con la gorra.

—Ya me parecía á mí que había visto á la señora en alguna parte.

—Tampoco me. Ora desconocida tu cara, contestó la Jansoulet que se estremeció al recuerdo, suscitado por la respetable figura del jefe de cocina, de las tristes fiestas del Bey.

¡Tu cara!... A M. Barreau, á un hombre de su importancia... Tanta franqueza realzó mucho á la mamá en concepto de aquella gente.

¡Ah! las grandezas y los esplendores no deslumbraban á la animosa anciana. No había en ella ninguna mamá Bory de ópera cómica, de esas que se emboban ante los dorados y las chucherías de ciudad, y al subir detrás de su maleta por la escalera de honor, ni las canastas de flores de las mesetas, ni las estatuas de bronce fueron parte á que dejase de notar que había un dedo de polvo en el pasamano y rotos en la alfombra. Condujéronla á las habitaciones del cuarto segundo, reservadas para la Levantina y los niños, y allí, en una pieza que servía de ropería y que, á juzgar por el murmullo de voces infantiles que hasta ella llegaban, debía de estar contigua al cuarto de estudio, quedó sola, con el cesto encima de las rodillas, aguardando á que regresase su Bernardo, ó quizás á que despertase su nuera, ó el inefable placer de abrazar á sus nietos. Lo que veía en torno suyo bastaba y sobraba para darle una idea del desconcierto de un interior fiado por completo á la servidumbre y falto de la vigilancia y la previsora actividad de una mujer. Grandes armarios, abiertos de par en par, llenos de ropa blanca amontonada sin ton ni son en rimeros panzudos, irregulares, á pique de caer; las telas de batista, los juegos de mesa, de Sajonia, apabullados, tira-

dos al azar, y las cerraduras sin poder funcionar á causa de alguna pieza que colgaba de los estantes y que nadie cuidaba de recoger. Y no sería por falta de yentes y vinientes, pues á cada paso entraban y salían criadas tras criadas, negras con madrás amarillo que sin mirar tiraban de una servilleta, de un delantal, andaban pisando todas aquellas riquezas domésticas desparramadas por el suelo y arrastraban, enredadas en sus piés, patas más que piés, randas de encajes descosidas de unas desmesuradas enaguas que una costurera había dejado por el suelo, con el dedal á un lado y las tijeras al otro, en señal de haber interrumpido de momento la labor.

Calcúlese el efecto que había de producir aquel batiburrillo en la pobre mujer, porque en el fondo de la madre del millonario Jansoulet seguía subsistiendo la menestrala semi-rústica, con el respeto, el cariño, las dulces manías que inspira á las de su estamento el armario de la ropa blanca que se ha ido formando pieza por pieza, lleno de las reliquias de un pasado menesteroso, y cuyo contenido se ha ido aumentando y afinando al compás de las posibilidades, signo aparente del bienestar de la casa. Madre de un millonario, todavía la ruca no salía de sus manos desde la mañana á la noche, y si se indignaba en olla la mujer hacendosa, la hiladora hubiera llorado de buena gana ante aquello que era á sus ojos como una profanación. Al fin, no pudiendo aguantar más, se levantó, dejó su actitud observadora y paciente, y agachada, activa, removiendo con la rapidez de su faena su chal verde, púsose á recoger, á estirar, á plegar cuidadosamente toda aquella magnífica ropa blanca, ni más ni menos que como en las pelusas de Saint-Romans cuando se daba la fiesta de una colada magna, con un ejército de lavanderas, los cestos rebozando en flotantes blancuras, y las telas, crujiendo al viento de la mañana, puestas á secar en las largas cuerdas. Á lo mejor de aquella ocupación que la hubiera hecho olvidarse de su viaje, de París y aun del lugar en que se encontraba, apareció de improviso en la ropería un sujetó rechoncho, barrigudo, de copiosas barbas, bota charolada y una chaqueta de terciopelo que dibujaba un cuello de toro.

—¿Tú por aquí... Cabassú?

—¿Y vos aquí, señora Francisca?... Vaya una sorpresa, dijo el frotador arqueando sus ojazos de giaour de péndulo.

—Ya lo ves, Cabassú... Acabo de llegar... Y como ves, ya he encontrado en qué ocuparme... Me mataba este desorden.

—¿Habréis venido para asistir á la sesión?

—¿Qué sesión?

—¿Cuál ha de ser? La gran sesión del Cuerpo legislativo... Hoy se celebra...

—Pues á fe que no. ¿Qué me importa á mí de esas cosas?... Ni sabría de qué se trataba... No, he venido porque me moría de ganas de conocer á mis nietecitos, y luégo, porque empezaba á estar en-cuidado. Llevo escritas una porción de cartas sin haber recibido contestación. Temía que alguno de los niños estuviese enfermo, que los negocios le fuesen mal á Bernardo, en fin, todas las malas ideas imaginables. Empecé á ponerme triste y más triste, y aquí me he venido... Según me han dicho, todos están bien...

—Todos perfectamente, á Dios gracias.

—¿Y Bernardo?... ¿Su comercio?... ¿qué tal marcha?

—¡Psche! Nunca faltan sus tropiezos... pero, en fin, Dios se lo conserve... Mas ahora que recuerdo, estaréis rendida de hambre... Voy á encargar que os sirvan alguna cosa.

Iba á llamar con el desparpajo de quien tenía por suya aquella casa aun más que la anciana madre. Ésta le detuvo:

—No, no. Todavía me quedan provisiones de viaje.

Sacó del cesto y puso encima de la mesa dos higos y un pedazo de pan duro, y luégo, entre bocado y bocado:

—¿Y á ti cómo te van los negocios? Desde la última vez que estuviste en el Bourg veo que te luce mucho el pelo... amigo, y qué vestido, y qué majo vas... ¿Qué te haces ahora?

—Soy profesor de frotación... contestó Aristides con gravedad.

—¿Tú maestro?... dijo la anciana con respetuoso asombro; pero no se atrevió á preguntar qué era lo que enseñaba, y Cabassú, á quien hacía maldita de Dios la gracia semejante interrogatorio, se dió prisa á variar de tema.

—¿Queréis que vaya por los chicos?... ¿No les han dicho que estaba aquí la abuela?...

—No he querido interrumpir su trabajo... Pero ahora parece que ha terminado la clase... Escucha...

Oíase detrás de la puerta aquel impaciente pataleo de los chicos de escuela al terminar la clase, ávidos de espacio y de

aire, y la anciana saboreaba aquel delicioso bullicio que atizaba su deseo maternal, pero que hacía al propio tiempo que se abstudiese de acelerar su satisfacción... Por fin se abrió la puerta... Salió el primero el preceptor, un cura de aguda nariz y recios mofletes á quien conocemos de los almuerzos de gala de otro tiempo. Reñido con su obispo, el ambicioso vicario había abandonado la diócesis en que ejercía, y en su precaria situación de irregular del clero—porque también en el clero hay su bohemia—tenía por buena ganga el enseñar á los niños Jansoulet recientemente expulsados del colegio Bourdaloue. En el aire solemne, altivo, abrumado á responsabilidades, que debían de tener los grandes obispos encargados de la educación de los Delfines de Francia, precedía á tres hombrecillos rizados, enguainados, de sombreros oblongos, corto chupetín, cartera de cuero sostenida por doble correa cruzada en el pecho, y medias encarnadas que les llegaban á la mitad de sus flacuchas piernecillas de muchacho crecentón, el porte de un cumplido velocipedista en el momento de ponerse en funciones.

—Hijos míos, dijo Cabassú, el familiar de la casa, ahí está la señora Jansoulet, vuestra abuelita, que ha venido á París expresamente para veros.

Los tres se cuadraron, extrañados, examinando aquel viejo semblante surcado de arrugas que asomaba por entre las barbas amarillentas de la cofia, aquel porte raro, de una simplicidad de que no tenían idea; y á su asombro correspondía el de su abuela, agravado por una dolorosa decepción y por la especie de malestar que sentía al hallarse en presencia de aquellos señoritos estirados y desdeñosos por el estilo de los marqueses, condes y prefectos que su hijo le traía á Saint-Romans. Á indicación de su preceptor «de que saludasen á su venerable abuela», presentáronse por turno á darle algunos de aquellos apretoncitos de manos que con tanta profusión llevaban distribuidos por las buhardillas; y la verdad es que aquella buena mujer, de cara terrosa, de modestísimo aunque aseado atavío, les recordaba las visitas de caridad del colegio Bourdaloue. Entre ellos y ella igual desconocimiento, igual distancia, que ni un recuerdo ni una palabra sola de sus padres habían cuidado de llenar. El preceptor reparó en aquella turbación, y para disiparla, se lanzó á una de esas alocucio-

nes de voz ahuecada y ademanes virulentos familiares á los que se figuran siempre que están hablando desde lo alto de los diez escalones de un púlpito.

—Y bien, señora, llegó por fin el solemne, el solemnisimo día en que M. Jansoulet va á confundir á sus enemigos. *Confundantur hostes mei, quia injuste iniquitatem fecerunt in me*, porque me han perseguido injustamente.

La anciana se inclinó religiosamente al paso del latín de Iglesia, pero en su rostro se dibujó una vaga expresión de inquietud ante la idea de enemigos y de persecuciones.

—Muchos son y poderosos esos enemigos, noble señora, pero no nos alarmemos más de lo justo. Tengamos fe en los decretos del cielo y en la justicia de nuestra causa. Dios vela por ella, y su poder no será quebrantado. *In medio ejus non commovebitur.*

Interrumpiéndole un negro gigantesco, galoneado de oro flameante, anunciando que estaban á punto los velocípedos para la lección diaria en la terraza de las Tullerías. Antes de irse, volvieron los muchachos á sacudir con toda solemnidad la mano guijarrosa y arrugada de su abuela, la cual les miraba salir, estupefacta y con el corazón oprimido, cuando de improviso, al llegar á la puerta, el más pequeño, por un adorable impulso espontáneo, volvióse rápidamente, dió un empujón al negrazo, y echada adelante la cabeza como un búfalo de cría, corrió á arrojarle encima de las faldas de la anciana á la cual estrechó á brazo partido tendiéndole su frente lisa coronada de rizos rubios, la graciosa postura del niño que ofrece su caricia como una flor. Acaso aquél, más vecino al nido y á sus tibios vapores, á los regazos que mecen y á las rústicas canciones de las nodrizas, había sentido infiltrarse en su diminuto corazón los efluvios maternos de que le privaba la Levantina. La pobre anciana se estremeció de emoción al inopinado contacto de aquel apretón instintivo.

—Hijo mío... hijo mío... murmuró cogiendo entre sus manos la cabecita sedosa y rizada que le recordaba otra de otros tiempos, y la abrazó con frenesí. Luégo el muchacho se desasíó, echó á correr sin decir una palabra, con los cabellos empapados en calientes lágrimas.

Sola con Cabassú, la madre, reconfortada por aquel beso, pidió explicaciones acerca de las palabras del sacerdote. ¿De manera que su hijo tenía muchos enemigos?

—¡Oh! decía Cabassú, en una posición como la suya nada tiene de particular.

—Pero, en fin, ¿en qué consiste ese gran día, esa sesión de que os oigo hablar á todos?

—Pues sí... Hoy vamos á saber si Bernardo será ó no disputado.

—¡Cómo!... ¿Pues todavía no lo es?... Y yo que se lo he dicho á todo el mundo, yo que un mes atrás hice iluminar todo Saint-Romans... De modo que se me ha hecho decir una mentira.

Con harta trabajo logró el frotador hacerle comprender las formalidades parlamentarias de la aprobación del acta. La anciana apenas paraba atención, recorriendo la ropería á grandes pasos.

—¿De modo que en este momento Bernardo está allí?

—Sí, señora.

—Y las mujeres ¿pueden entrar en esa Cámara?... Entonces, ¿cómo es que no está allí la suya?... Porque, en fin, comprendo perfectamente que se trata de una cosa muy importante para él... En día como este tendrá necesidad de sentir á su lado á todas las personas que ama... Mira, tú vas á llevarme á esa sesión... ¿Está muy lejos?

—No, aquí muy cerca... Sólo que habrá comenzado ya. Y además, añadió el Giaour algo turbado, es la hora en que la señora me necesita.

—¡Ah!... ¿De modo que tú le enseñas eso de que dices que eres profesor?... ¿Cómo lo llamas?

—La frotación... Es una cosa que viene de la antigüedad. Precisamente está llamando ya. Pronto vendrán á buscarme. ¿Queréis que le diga que estáis aquí?

—No, no, prefiero irme allá en seguida.

—¿Pero cómo vais á entrar sin tarjeta?

—¡Bah! diré que soy la madre de Jansoulet y que voy para oír cómo juzgan á mi hijo.

¡Pobre madre! No se figuraba ella que hablase con tanta propiedad.

—Entonces aguardad, señora Francisca. Á lo menos os daré á alguien que os guíe.

—No, no, ya sabes que yo no estoy por eso de los criados. Buena lengua tengo, y gente hay por las calles. Ya daré con el camino.

Cabassú tentó un último esfuerzo, aunque sin revelar todo su pensamiento:

—No vayáis. Sus enemigos van á hablar contra él en la Cámara, y acaso tengáis que oír cosas que os darán mucha pena.

¡Oh! con qué soberbia fe y orgullo maternal contestó:

—¿Pues no sé yo mejor que todos ellos lo que vale mi hijo? ¿Hay algo, por ventura, que pueda desconcentrarle á mis ojos? ¿Sería menester para ello que yo fuese bien ingrata! ¡Adelante!

Y sacudiendo fieramente su cofia, partió.

Enhiesto el busto, alta la cabeza, la anciana se iba á bruscas zancadas por debajo de los altos pórticos que le habían dicho que siguiese, algo aturdida por el incesante rodar de los carruajes y por la ociosidad de su marcha que no acompañaba ya el movimiento de la fiel rueca, inseparable compañera suya desde hacía cincuenta años. Aquellas ideas de enemistad, de persecución, las misteriosas palabras del sacerdote, las reservas de Cabassú la conturbaban, la tenían azorada. En ellas veía la explicación de los presentimientos que de ella se habían apoderado hasta el punto de arrancarla á sus hábitos, á sus deberes, á la vigilancia de la quinta y de su enfermo. Por otra parte, cosa rara, desde que la fortuna había echado sobre ella y sobre su hijo aquella capa de oro de macizos pliegos, la anciana Jansoulet, sin saber acostumbrarse á ella, estaba esperando á cada paso la súbita desaparición de semejantes esplendores... ¿Acaso iba á comenzar ya el desquiciamiento?... Y de pronto, por entre aquellas lúgubres ideas, el recuerdo de la infantil escena que acababa de presenciar, de aquel pequeñín agarrado á sus sayas de droguete, hacía asomar á sus labios arrugados la hinchazón de una sonrisa enternecida; y encantada, murmuraba para sí:

«¡Oh! por aquel pequeñito...»

Una plaza magnífica, inmensa, deslumbrante, dos juegos de agua que se reducía á polvo, luégo un gran puente de piedra y allá, en el extremo, una casa cuadrada con estatuas en la parte delantera, una verja al pié de la cual aguardaban muchos carruajes, gente que entraba, grupos de municipales. Era allí... Abrióse paso por entre el gentío y avanzó hasta llegar á una alta puerta de cristales.

—¿La tarjeta, buena mujer?

La buena mujer no la traía, pero con la mayor sencillez dijo á uno de los porteros de solapa encarnada que custodiaba la puerta:

—Soy la madre de Bernardo Jansoulet... Vengo á la sesión de mi hijo.

Era realmente la sesión de su hijo: porque entre el gentío que asediaba las puertas, que llenaba los pasillos, el salón, las tribunas, el palacio entero, sólo se oía su nombre acompañado de sonrisas y de historietas de sucedidos. Todo el mundo esperaba un gran escándalo, revelaciones terribles del ponente que á buen seguro producirían algún arrebato violento en el salvaje acorralado: había tantos apretones como para un estreno ó para la vista de una causa célebre. Imposible le hubiera sido á la buena mujer hacerse oír entre tamaña afluencia, si el rastro de oro que dejaba siempre el Nabab por donde quiera, como huella de su paso regio, no le hubiese allanado todos los obstáculos. Seguía, pues, detrás de un ujier de servicio por aquel dédalo de corredores, de puertas batientes, de salones desmantelados y sonoros, llenos de un vago susurro que circulaba en el aire del edificio, que brotaba de sus paredes cual si las piedras mismas impregnadas de charlatanería uniesen á los ecos de todas aquellas voces los ecos en ellas adormecidos. Al atravesar un corredor vió á un hombrecillo moreno que gesticulaba y gritaba á los porteros:

—Diréis á moussiou Jansoulet que ahí está el alcalde de Sarlazaccio que ha sufrido por él cinco meses de cárcel... Bien valía la pena de una tarjeta para la sesión!

Cinco meses de cárcel á causa de su hijo... ¿Cómo podía ser?... Sobremanera desazonada, llegaba por fin, silbándole los oídos, á lo alto de un pasadizo en cuya pared se veían varias puertecitas como de fonda ó de palco de teatro, coronadas de distintas inscripciones: *Tribuna del Senado, del Cuerpo diplomático, de los Diputados*. Entró, y sin ver en el primer momento más que cuatro ó cinco filas de bancos atestados de gente, y al frente, muy lejos, de ella separadas por un extenso hueco, otras tribunas llenas igualmente, quedóse en pié y pegada de codos al tabique divisorio, deslumbrada, aturdida, sin darse cuenta de cómo se encontraba allí. Una ráfaga de aire caliente que le hería el rostro, un

estrépito de voces que subía de abajo le atraía en dirección á la pendiente del estrado, hacia la especie de abismo abierto en el centro de la inmensa nave donde suponía que había de estar su hijo. ¡Oh! qué anhelo sentía de verle... Entonces, adelgazándose todavía más, poniendo en juego sus codos puntiagudos y recios como su huso, fué deslizándose, escurriéndose por entre la pared y los banquillos, sin parar mientes en las refunfunaduras que producía, en el desdén de las señoras vestidas de gala cuyos encajes y primaverales atavíos estrujaba. Porque la asamblea estaba compuesta de elegantes, de gente de mundo. Allí estaba, y pronto le reconoció la madre Jansoulet por su peto inflexible y su aristocrática nariz, el pollo marqués invitado de Saint-Romans, á quien tan bien sentaba su nombre de ave de lujo; pero él no la miró. Así ganó algunas filas hasta que fué detenida por un dorso de hombre sentado, un enorme dorso que obstruía el paso por completo privándola de ir adelante. Por fortuna, inclinándose un poco, podía ver desde allí todo el salón; y aquella gradería en semicírculo en la cual se apiñaban los diputados, el verde de las paredes, la tribuna en el fondo ocupada por un sujeto calvo, de porte severo, todo ello á la luz estudiosa y neutra que caía del techo, producíanle el efecto de una clase que va á empezar y á la cual preceden la charla y el trasiego de las cabezas á pájaros de los estudiantes.

Una cosa le llamó la atención, la insistencia de todas las miradas en una misma dirección, hacia un centro común; y siguiendo aquella corriente de curiosidad que arrastraba á toda la concurrencia así en la sala como en las tribunas, vió que el punto de convergencia era su hijo.

En la tierra de los Jansoulets, se ve, aún hoy, en algunos templos antiguos, en el fondo del coro, promediando la altura de la cripta, una especie de garita de piedra desde la cual oía el oficio el leproso, mostrando á la multitud curiosa y atemorizada su sombría silueta de bestia fiera acurrucada, de espaldas á las saeteras abiertas en el muro. Francisca recordaba perfectamente haber visto, en la aldea en que había sido criada, al leproso, terror de sus pocos años, perdido entre la sombra y la reprobación, oyendo misa desde el fondo de su jaula de piedra. Al ver á su hijo sentado, con la cabeza entre las manos, aislado, solo, en la parte superior

del hemiciclo, volvió á su mente aquella imagen. «Parece el leproso» murmuró la campesina. Y leproso era en efecto aquel pobre Nabab á quien en aquel instante los millones traídos de Oriente infligían á modo de una terrible y misteriosa enfermedad exótica. Por casualidad el banco en que se había sentado tenía una porción de huecos producidos por licencias ó muertes recientes; y mientras los demás diputados conversaban unos con otros, se reían, se hacían señas, manteníase él aislado, silencioso, blanco de la atención de la Cámara entera, atención que la madre Jansoulet veía bien que era irónica, malévolá y que la hería de rechazo. ¿Cómo hacerle saber que ella estaba allí, cerca de él, que no lejos del suyo latía un corazón amigo? Precisamente él ponía cuidado en no volverse hacia aquella tribuna. Parecía como si sintiese que le era hostil, como si temiese ver en ella cosas amargas... De pronto sonó un campanillazo en la tarima presidencial, los concurrentes todos se movieron á una, alargáronse las cabezas todas por ese impulso instintivo que inmoviliza los rasgos de la fisonomía, y un sujeto flaco, con anteojos, surgiendo en pié de entre la masa de diputados sentados, lo cual le daba ya de suyo la autoridad de la actitud, dijo abriendo el cuaderno que tenía en la mano:

—Señores, en nombre de la tercera sección vengo á proponeros que anuléis la elección de la segunda circunscripción del departamento de Córcega.

En el profundo silencio que siguió á estas palabras que la madre Jansoulet no comprendió, el caballero gordo sentado delante de ella se echó á resollar estrepitosamente, y de pronto, desde la primera fila de la tribuna, volvióse á él un delicioso semblante de mujer para dirigirle una rápida seña de satisfacción y de inteligencia. Frente pálida, labios delgados, cejas que el marco blanco del sombrero acababa de ennegrecer, todo ello hizo en los ojos de la buena anciana, sin saber ella el por qué, el doloroso efecto del primer relámpago, cuando estalla la tormenta y el rápido cruzar de los fluidos engendra la aprensión del rayo.

Le Merquier leía su dictamen. La voz lenta, apagada, monótona, el acento lionés, tardo y afeminado, á cuyo ritmo se columpiaba con un movimiento de cabeza y de hombros casi involuntario la luenga talla del abogado ponente, con-

trastaban de una manera singular con la feroz precisión de su requisitorio. Comenzaba éste por una rápida exposición de las irregularidades electorales. Nunca había sido tratado el sufragio universal con un desparpajo bárbaro y primitivo como aquel. En Sarlazaccio, donde parecía tener asegurado el triunfo el opositor de Jansoulet, la noche antes del escrutinio había sido destruída la urna. Lo mismo, ó á poca diferencia, había sucedido en Lévie, en Saint-André, en Avabessa. Y son los mismos alcaldes lós que al amparo de su autoridad municipal cometen semejantes fechorías, se llevan las urnas á su casa, rompen los sellos, rasgan las candidaturas.

- La ley no merece respeto alguno. Por doquiera el fraude, el amaño, hasta la violencia. En Calcatoggio, durante las horas de la elección, mantébase apostado en la ventana de un mesón, frente por frente á la alcaldía, un sujeto armado de carabina, y cada vez que asomaba por la plaza alguno de los partidarios de Sebastiani, adversario de Jansoulet, el sujeto en cuestión, encarándole el arma: «Si das un paso más te la pego.» Ni ¿dónde mejor prueba de una licencia sin freno que el ver á comisarios de policía, jueces de paz, fiel-contrastes convertidos descaradamente en agentes electorales, atemorizando, arrastrando al cuerpo electoral sometido á todas esas despóticas influencias de campanario? Hasta sacerdotes hubo, santos pastores que, extraviados por su celo en pro del cepillo de los pobres y del sostén de su necesitada iglesia, predicaron una verdadera misión en pro de la elección de Jansoulet. Otra influencia todavía más poderosa, aunque menos respetable, fué puesta en juego á favor de la buena causa: la influencia de los bandidos. «Sí, señores, de los bandidos, y hablo en serio.» Aquí un bosquejo á grandes rasgos del bandolerismo corso en general y de la familia Piedigriggio en particular.

La Cámara escuchaba con profunda atención y con cierta inquietud. Al fin y al cabo, lo que se denunciaba eran los manejos de un candidato oficial, y aquellas raras costumbres electorales eran las de un país privilegiado, cuna de la familia imperial, enlazado tan estrechamente con los destinos de la dinastía que un ataque á Córcega parecía remontarse hasta el soberano. Pero cuando se vió que desde el banco del gobierno, el nuevo ministro de Estado, enemigo y sucesor de Mora,

satisfecho sobremanera del fracaso de una de las hechuras del difunto, sonreía benévola á la cruel rechifla de Le Merquier, al punto desapareció toda reserva, y la sonrisa ministerial, reproducida en trescientas bocas, fué tomando creces hasta convertirse en una risa apenas contenida, en esa risa de las multitudes dominadas por una férula, cualquiera que ésta sea, y que hace estallar la más leve muestra de aprobación del amo. En las tribunas, poco avezadas á empachos de pintoresco y que se divertían con aquellas historietas de bandidos como con una novela, la hilaridad era general, y en todos aquellos rostros de mujeres se dibujaba una animación radiante, el placer de poder parecer bonitos sin faltar á la solemnidad del sitio. Los penachos floridos de los sombreritos claros vibraban rápidamente, y por las barandas asomaban brazos torneados, ceñidos de oro, que se ponían de codos con toda comodidad para oír mejor. El grave Le Merquier amenizaba la sesión con un espectáculo, con una ligera nota cómica por el estilo de las que se permiten los conciertos de beneficencia para engatusar á los profanos.

- Impasible y frío á pesar del éxito, el ponente seguía leyendo en su voz incolora y penetrante como una lluvia lionesa: —Y ahora, señores, yo pregunto: ¿Cómo se explica que un extranjero, un provenzal recién llegado de Oriente, que desconoce por completo los intereses y las necesidades de aquella isla en la cual no había estado antes de las elecciones, el tipo acabado de lo que denominan los corsos desdeñosamente un continental; cómo, repito, se explica que un hombre así haya logrado despertar entusiasmo semejante, un afecto llevado hasta el crimen, hasta la profanación? Pues bien; sus riquezas son las que se encargan de contestar, su oro funesto lanzado á la faz de sus electores, embolsado por fuerza en sus bolsillos con un cinismo descarado de que hay infinitas pruebas.» Aquí la interminable serie de denuncias: «Yo el abajo firmado Croce (Antonio) declaro en interés de la verdad que una noche estuve en casa del comisario de policía Nardi y me dijo:—Oye, Croce (Antonio)... Te juro por la luz que nos ilumina que si votas por Jansoulet, mañana por la mañana tendrás cincuenta francos.» Y estotra: «Yo el abajo firmado Lavezzi (Jaime Alfonso) declaro que rechacé con desprecio diez y siete francos que el alcalde de Pozzonegro me

ofrecía para que votase contra mi primo Sebastiani...» Es probable que por tres francos más Lavezzi (Jaime Alfonso) hubiera devorado en silencio su desprecio. Pero la Cámara no hacía caso de semejantes gollerías.

Aquella Cámara incorruptible se sentía presa de indignación. Oíase gruñir, se rebullía en sus muelles escaños de terciopelo rojo, lanzaba exclamaciones. Todo eran: «¡Ohs!» de estupefacción, ojos en acento circunflejo, diputados que se echaban atrás bruscamente ó se dejaban caer consternados, descorazonados, como acontece á veces ante el espectáculo de la humana degradación. Y cuenta que la mayor parte de aquellos diputados se habían valido de idénticas maniobras electorales, que abundaban allí los héroes de esos famosos timos, de esas orgías al aire libre que pasearan en triunfo becerros empavesados, llenos de cintas, como en una kermesse de Gargantua. Aquellos eran los que más vociferaban, los que se volvían furiosos en dirección al banco elevado y solo desde el cual escuchaba, inmóvil, con la cabeza hundida entre las manos, el pobre leproso. Sin embargo, en medio del *tolle* general, oíase una voz en favor suyo, una voz sorda, novicia, más que una voz, un vagido simpático por entre el cual se percibía confusamente: «Grandes servicios prestados á la población corsa... Trabajos considerables... *Caja territorial*...»

Quien tal balbuceaba era un hombrecillo de botines blancos, cabeza de albino, de ralos cabellos erizados en mechones. Pero la interrupción de aquel torpe amigo sirvió á Le Merquier para una transición rápida y perfectamente natural. Una sonrisa repugnante entreabrió sus lacios labios: «El honorable M. Sarigue nos habla de la *Caja territorial*; fácil nos será contestarle.» Y con efecto: parecía como que le fuese muy familiar el antro Paganetti. En breves palabras, precisas y briosas, proyectó la luz hasta el fondo de la oscura madriguera, mostró todos los lazos, los escondrijos, las tortuosidades, los escotillones, como guía que sacude la antorcha por encima de los calabozos de algún siniestro *in pace*. Habló de las canteras falsas, de los caminos de hierro en el papel, de los buques quiméricos desaparecidos en su propio humo. Ni omitió el horrible desierto de Taverna, ni la vetusta torre genovesa en donde estaba establecida la agencia marítima. Pero lo que más divirtió á la Cámara fué la narración

de una ceremonia picaresca organizada por el gobernador para la apertura de un túnel á través del Monte-Rotondo, obra gigantesca, siempre en proyecto, aplazada año tras año, que exigía millones en dinero y millares de brazos, y que se había inaugurado con gran pompa ocho días antes de la elección. El dictámen relataba la fiesta con mucha gracia, el primer golpe de azadón dado por el candidato en la enorme montaña cubierta de seculares bosques; el discurso del prefecto, la bendición de los oriflamas á los gritos de «Viva Bernardo Jansoulet» y doscientos trabajadores poniendo manos á la obra inmediatamente, trabajando noche y día durante una semana, luego—una vez terminada la elección—dejando amontonados allí mismo los pedruscos al rededor de una excavación irrisoria, una nueva guarida para los bandoleros de oficio. El golpe estaba dado. Después de haber sorbido durante tanto tiempo el dinero de los accionistas, la *Caja territorial* había servido aquella vez para birlar los votos de los electores.

—Por lo demás, señores, ahí va un último detalle por el cual debiera tal vez haber empezado á fin de ahorrarnos la desoladora narración de esta mascarada electoral. Acabo de saber que hoy precisamente comienzan á incoarse diligencias criminales contra el establecimiento corso, y que, gracias á un escrupuloso reconocimiento de sus libros, vamos á asistir probablemente á uno de esos escándalos harto frecuentes por desgracia en nuestros días, y en el cual no querréis, para la respetabilidad de esta Cámara, que resulte comprometido ninguno de sus miembros.

Hecha esta súbita revelación, el ponente se detuvo un instante, haciendo una pausa, como el actor cuando acentúa un efecto; y en el dramático silencio que de improviso pesó sobre la asamblea, oyóse el ruido de una puerta que se cerraba. Era el gobernador Paganetti que abandonaba á toda prisa su tribuna, lívido el semblante, abriendo un palmo de ojos, los labios rechupados como un maese Pierrot que husmea en el aire algún formidable varillazo. Monpavon, inmóvil, echaba afuera su peto. El caballero gordinflón agitaba con violento resuello las guirnaldas del sombrerito blanco de su mujer. La madre de Jansoulet miraba á su hijo.

—He hablado, señores, de la respetabilidad de la Cámara... Tócame hablar de ella nuevamente...